Es de advertir aquí, que de tres Padres Rectores y muy señalados sujetos que en este Colegio de Mérida murieron sucesivamente, empleándose con caridad cristiana en confesar y consolar enfermos de peste, que duró dos años. El primero fué el P. Bartolomé Pérez, á quien siguieron los otros dos, cuyas no menos ejemplares vidas escribimos en los capítulos siguientes. Porque aunque nuestra Provincia sentía no poco la falta de tales hijos y sujetos, pero por no faltar á la caridad que ella profesa en la ayuda de los prójimos, no paraba de enviar en lugar de los que rendían la vida en tan gloriosa empresa, otros que en la misma les sucediesen; y hubo tiempo que no quedó vivo en este Colegio de Mérida, más que un solo Sacerdote de los nuestros que pudiese ayudar con nuestros ministerios á esta ciudad.

CAPITULO XX.

Vida y muy religiosas virtudes del P. Bartolomé de las Casas, Rector de nuestro Colegio de Mérida. Año de 1649.

A la historia de este Colegio pertenece también el escribir aquí la muy religiosa vida del que fué tan hijo de la Compañía como el P. Bartolomé de las Casas, á quien parece que desde sus tiernos años previno Dios con la bendición de su dulzura, y lo señaló y escogió para que todo se dedicase á su divino servicio y con un heroico acto de obediencia le ofreciese su vida, que en tiempo de peste fué el tercero que santamente la remató, siendo Rector de este Colegio. Fué natural de Talavera de la Reina, en España, hijo de padres limpios y de conocido linaje que resplandecía en su ajustado vivir, y acciones virtuosas y cristianas en que criaban á su hijo. Y así, salió tan inclinado á la virtud y devoción, que desde su tierna edad dió muestras de la mucha perfección que después en la religión había de alcanzar. Fué de vivo y despierto ingenio; y así, sus padres le aplicaron á los estudios, y en las primeras letras se aventajó tanto á sus condiscípulos, que les era causa de emulación y dechado de virtud.

Fuéle forzoso interrumpir los estudios con ocasión de que un tío suyo, Religioso grave en la Provincia de Guatemala, se lo envió á pedir á sus padres, los cuales, atendiendo á sus aprovechamientos, se lo remitieron, quedando desconsolados con su ausencia. No bien llegó á Guatemala, cuando continuó sus estudios y en ellos comenzó á esparcir las luces de ejemplo, que los Padres de aquel Colegio que le trataron en tan tierna edad, repararon en la compostura de sus costumbres. La modestia en el semblante, viveza de ingenio, aplicación al estudio, condición apacible, su noble y dócil natural, á que llegándose unos vivos y poderosos impulsos con que Nuestro Señor quería le sirviese en la Compañía, lo confirmaron en esta santa vocación.

Vino á México á pretender su cumplimiento, y habiéndolo conseguido, luego que entró en el noviciado se echó bien de ver cuán de veras le había llamado Dios Nuestro Señor á su Compañía, siendo uno de los más fervorosos y edificativos novicios que había en él. Y como á tal, el Padre Rector y maestro de novicios le proponía por ejemplar y dechado á los demás de toda regular observancia, que habían de imitar. Era el primero en disciplinas con que maceraba su cuerpo, dejando las paredes y suelos de su aposento salpicadas con sangre, de que los compañeros novicios se espantaban y edificaban, y conferían entre sí el extremado rigor y aspereza con que se trataba. Este tenor de vida tan penitente y religioso, continuó todo el tiempo de sus estudios, que con igual opinión de virtud, y nombre de consumado estudiante conservó. Salió un sujeto muy cabal en todas letras para ocupar, como ocupó con mucho lucimiento y crédito de nuestros estudios, la cátedra de Artes en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, donde antes de leer el curso, tuvo á su cargo la Congregación de estudios mayores, y con tanto fervor de espíritu en sus pláticas, que de ellas salían los estudiantes afervorizados y movidos á la devoción de la Virgen Nuestra Señora y á la frecuencia de los santos Sacramentos, y muchos con la luz del cielo, desengañados de las vanidades del mundo con resolución se entraron en religión. Después de leido el curso de Artes le hicieron Ministro del mismo Colegio de San Pedro y San Pablo, y juntando con el celo de la religión la suavidad, se experimentó en la amable prudencia del Padre su vigilancia, porque cuanto más procuraba en los nuestros la exacta observancia de las Reglas, tanto más tiernamente le amaban, mostrando con lágrimas todo el Colegio este buen afecto con su Ministro, cuando de aquí pasó á Guatemala á leer Teología, de donde le trajo la obediencia á leer la cátedra de Vísperas á nuestro Colegio de San Ildefonso de la Puebla, lo cual ejecutó con su acostumbrada satisfacción.

Estos ejercicios literarios y ocupaciones forzosas en nada impedían el fervoroso celo del P. Bartolomé de las Casas para ayudar á los prójimos en el aprovechamiento de sus almas. Y como si fuera corta esfera la de su ocupación de estudios, se daba mucho al confesonario y púlpito, cuyas exhortaciones eran tan fervorosas, como publicaron grandes conversiones de personas perdidas y almas rematadas; publicando que con sus sermones les había Nuestro Señor alumbrado el entendimiento é inflamado la voluntad para mudar de vida. Sus discípulos de Artes y de Teología fueron de los que más se lograron, pues con la doctrina de tan ejemplar maestro, eran motivo de virtud á los demás, y muchos poblaron las Religiones, y en ellas resplandecieron en letras y en virtud. Todo su conato ponía en aficionarlos á la frecuencia de los santos Sacramentos, aborrecimiento al pecado y devoción á la Virgen. Porque como en él era tan grande y señalada quería que todos la tuviesen entrañada en sus corazones. Esparcía muchos tratados y poemas latinos y castellanos (que fué muy fácil y elegante poeta en ambos idiomas) entre los estudiantes, para que así más se arraigase la devoción de la Reina de los Angeles; y así, dejó casi toda la vida de esta Señora compuesta en geroglíficos, panegíricos y versos líricos, que si se dieran á la estampa fueran de mucha estimación.

Conociendo los Superiores su mucha religión, cordura y talento para gobernar, le sacaron del Colegio de la Puebla para Rector del de Méri-

da, y el obediente Padre aceptó (como solía decir) sólo por servir á los que de la Compañía quedaban vivos en aquel Colegio, y ayudar á los enfermos y apestados con el contagio. En que aquella ciudad corría en este tiempo, con el socorro de lo temporal y espiritual, en cuanto sus fuerzas pudiesen alcanzar, sin asombrarle los horrores que la peste causaba en aquella Provincia, y lastimoso estrago, con que se había llevado á los más de los nuestros de aquel Colegio. Cumplió bien con su promesa y obligación el Padre Rector, pues apenas desembarcó en el puerto de Campeche, cuando comenzó con grande fervor á ejercitar nuestros ministerios, y llegando á aquel Colegio (aun no bien recobrado del cansancio del camino y embarcación) como con nuevo brío y fervor se dedicó al empleo de la ayuda de las almas, á oir confesiones, asistir á los apestados con rara constancia y perseverancia, y atender á los demás negocios de su oficio. No le impedía todo esto el predicar en pocos días muchos sermones, dichos con alientos propios de su fervoroso espíritu, sacados de la Escritura y Santos Padres y encendidos en la fragua de la meditación y oración á que le tiraba la estima que siempre tuvo de estos santos ministerios, y de lo cual, (con sentimiento de muchos) se le ocasionó el mortal achaque de que murió. Este fué un venenoso y recio tabardillo, que en cinco días le acabó y sacó de esta vida mortal. Conocida su malicia por el riguroso Padre, aunque en todo el discurso de su vida se había dispuesto para aquel último trance, de nuevo se dispuso para él, haciendo una confesión general de toda su vida, y reconciliándose muchas veces con tiernísima devoción para recibir el Viático y la Extremaunción del santo Oleo, estando tan en sí y con tanta entereza de sus sentidos, que respondía á todo hasta poco antes de expirar. Invocando los dulcísimos nombres de Jesús y de María, entregándoles su alma como holocausto abrasado en el fuego de su caridad para con los prójimos, el día de la Visitación de esta su devotísima Señora que, favoreciéndole en la muerte tanto cuanto el Padre le había sido afectuosísimo devoto en su vida, ese día se lo quiso llevar á gozar de su presencia, año de 1649. Sintióse el golpe de esta muerte en nuestro Colegio, y en la ciudad con extremo, por haber, en tan poco tiempo, robado el Padre los corazones de todos con su religioso trato, caridad ardiente, singular agrado, celo encendido y ejemplarísima vida. Echóse bien de ver la estimación que del Padre Rector Bartolomé de las Casas y de su grande religión se hacía en esta ciudad, en el numeroso concurso de gente que á su entierro acudió; asistió el Gobernador de aquella Provincia con lo más noble y lucido de la ciudad, hallándose ambos Cabildos y oficiando la Misa el Chantre de la Catedral. Acudió la comunidad de la sagrada Religión de San Francisco (que como queda dicho es muy devota nuestra) tierna y sentida (como decían), de la pérdida de un hombre de tanta importancia, y de sujeto tan cabal, edificativo Religioso y que tanta falta había de hacer á todos, grandes y chicos, ricos y pobres, pues todos hallaban amparo, doctrina y consuelo en el Padre Rector, de quien hacían tanta estimación, que toda la ciudad atribuía esta muerte á severo castigo de Dios por sus pecados. Pero el consuelo, que en muerte tan temprana de sujeto de tantas prendas se pudo con buenos fundamentos tener, fué el poderse contar este religiosísimo Padre entre aquellos insignes varones que ofrecieron sus vidas en medio de peligros de pestes por ejercitar,

en ayuda del bien de sus prójimos, su ardiente caridad. Murió este siervo de Dios, año de 1649, de 43 años de edad, los 24 de Religión de la Compañía, y los 4 últimos de profeso de cuatro votos; está enterrado en nuestra Iglesia del Colegio de Mérida, siendo su Rector.

CAPITULO XXI.

VIDA Y DICHOSA MUERTE DEL MUY RELIGIOSO PENITENTE Y DEVOTÍSIMO HERMANO JUAN ESTEBAN. AÑO DE 1648.

§ I.

De sus juveniles años, vocación y entrada en la Compañía de Jesús.

Escribimos la vida de este gran siervo de Dios y Hermano nuestro en este lugar: lo uno, por haber sucedido su dichosa muerte con la misma ocasión de peste que corrió en la Provincia de Campeche, y ayudando á los Padres cuyas vidas dejamos escritas, que murieron en Mérida ejercitando los ministerios y obras de caridad de su estado con los apestados; y lo otro, porque en este lugar y Colegio gastó los últimos años de su vida en el ministerio en que ordinariamente le tuvo empleado la santa obediencia. Nació el Hermano Juan Esteban en un lugar de la Nueva España llamado Huehuetoca, muy nombrado por el desagüe célebre que por allí se dió á la gran laguna de México, porque no lo anegasen sus crecientes. Fueron sus padres pobres de haberes de fortuna, pero ricos de bienes de gracia y virtudes cristianas, en especial su madre, que se daba muy de veras á todos los ejercicios de virtud, procurando criar sus hijos en el temor y amor santo de Dios, especialmente á su hijo Juan, á quien amando tiernamente, muchas veces con lágrimas en sus ojos, solía decir, para más imprimir en su corazón desde aquella tierna edad el aborrecimiento al pecado: «Primero, hijo mío, te vea yo muerto en mis brazos, que en pecado y ofensa de Dios.» Petición que se lee de la religiosísima Reina Doña Blanca, para con su hijo el santo Luis, Rey de Francia. Y para conseguir mejor su intento la madre de nuestro Juan, después de haberlo encomendado á quien le enseñase bien á leer y escribir, procuró inclinarlo á que tratase con nuestros Religiosos, que dos leguas de Huehuetoca vivían en el Colegio de Tepotzotlán; y se pasó ella á vivir á este pueblo, por conseguir lo que pretendía. Encomendólo á un Padre nuestro, muy ejemplar varón, llamado José de Vides, para que se confesase con él y lo tuviese por Padre espiritual. Obedeció Juan Esteban por algún tiempo á los consejos de su buena madre, pero después, pareciéndole como mozo de natural vivo y brioso, que aquella vida que él lloraba cautivo no se podía llevar, y á título de que quería buscar cómo ayudar á dos hermanas doncellas que tenía, trató de dejar á sus padres y buscar otro modo de vivir. La madre, que temía que éste era ardid del demonio para destruir el alma de su hijo